

ALEJANDRO KATZ

EL SIMULACRO POR QUÉ EL KIRCHNERISMO ES REACCIONARIO



Espejo de la Argentina  Planeta

librería García Cambiero

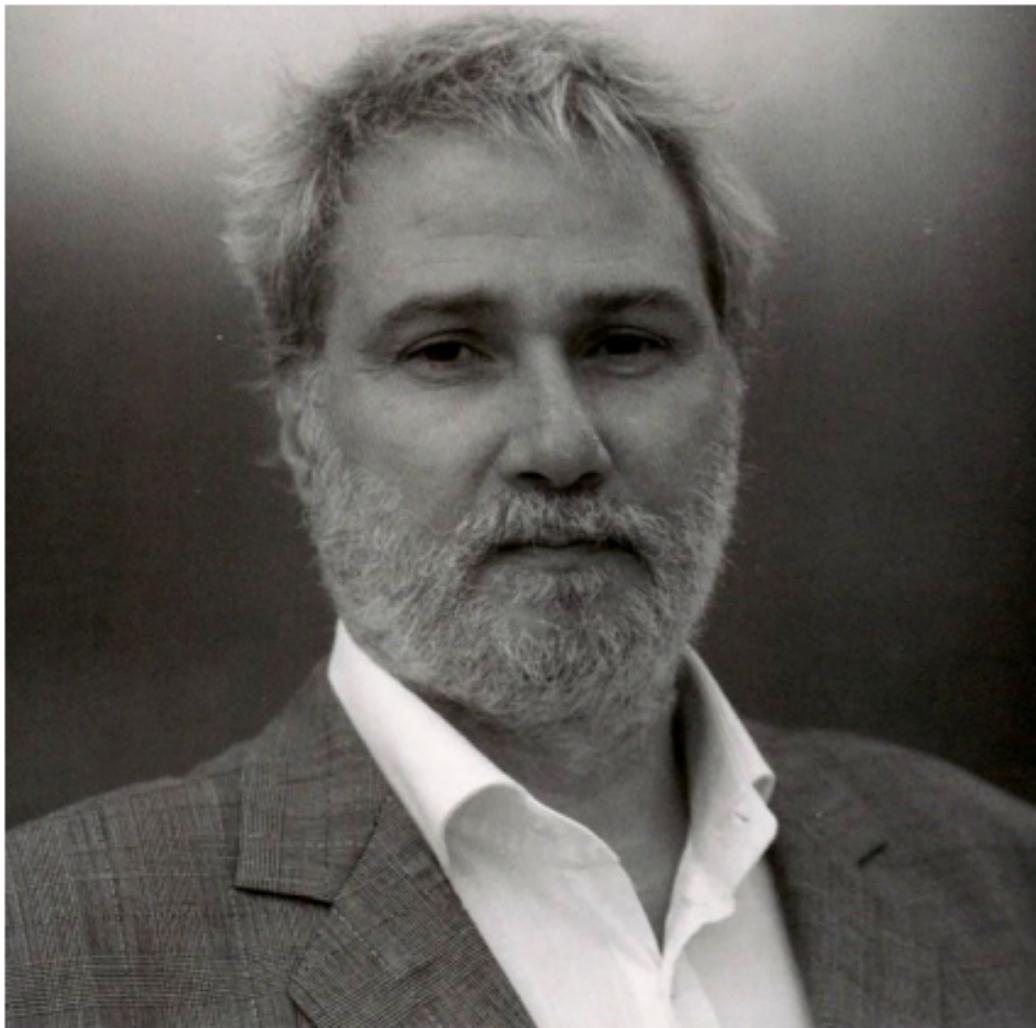


FOTO: IGNACIO COLÓ

ALEJANDRO KATZ (Buenos Aires, 1960) es ensayista y editor. Es el fundador y director de Katz Editores. Estudió Lengua y Literatura en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), país en el que vivió durante siete años. Desde 1992 es profesor en la Universidad de Buenos Aires. Ha sido consultor del Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (Cerlalc) y de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. En abril de 2012 fue seleccionado como uno de los 50 profesionales más influyentes de la industria editorial en Iberoamérica, por medio de una consulta realizada entre profesionales de la región por la Fundación El Libro de Buenos Aires. Ha publicado numerosos ensayos en diarios y revistas de América Latina y España, tales como *Letras Libres* (México), *O Estado de São Paulo* y *Claves de Razón Práctica* (Madrid). Es colaborador habitual del diario *La Nación* de Buenos Aires.

el.simulacro.k@gmail.com

En este libro se elige interrogar la actualidad, el tiempo presente, esa ya larga etapa de nuestras vidas individuales —pero breve período de nuestra biografía nacional— que, al no haber todavía concluido, difícilmente podría estudiarse con las herramientas más rigurosas de la historia. Un momento al que llamamos kirchnerismo, porque desde su inicio ha mostrado rasgos particulares que pueden ser identificados y que permiten, al hablar de ellos, hablar de nosotros y entender mejor nuestro tiempo y nuestra circunstancia.

Los rasgos principales de la vida pública argentina actual no son, de todos modos, totalmente distintos de muchos de los rasgos que dominaron otras Argentinas en otros momentos. Algunos son los mismos, otros son semejantes pero más marcados, otros son nuevos: continuidad y diferencia, algo distinto y, a la vez, lo mismo. Como es sabido —lo enseñan la química y la cocina— proporciones variables de ingredientes iguales dan resultados diversos: esto que llamamos kirchnerismo no es ajeno al paladar con el que hemos degustado otros fracasos, pero tiene, también, un sabor especial, algo que le es propio, algo característico. La base sobre la cual construyó su especificidad el poder político que desde hace diez años controla el país es algo que ya estaba presente en la Argentina, que no era ajeno a nuestra vida pública: desde la tentación milenarista con su reclamo de líderes mesiánicos hasta la primacía de la ideología sobre el pensamiento y de las imágenes del pasado por sobre las visiones del futuro.

Si el kirchnerismo está en el centro de la mayoría de los argumentos de este libro es fundamentalmente porque el gobierno es, en Argentina, el actor principal de la vida pública: controla el Estado nacional, incide brutalmente sobre los gobiernos provinciales y municipales, establece los temas de la discusión, administra directa o indirectamente la mayor parte de los recursos económicos, impulsa o impide la sanción de las leyes, y decide, con un grado muy alto de arbitrariedad, sobre su aplicación. Es un actor mezquino y voraz, que no está dispuesto a compartir la escena, y que intenta que los otros no sólo sean actores de reparto, sino también que interpreten los papeles que el gobierno quiere asignarles, que se limiten a recitar los parlamentos que el gobierno escribe para ellos y que desaparezcan de escena cuando sus personajes crecen más allá de los límites que el gobierno considera tolerables. Pero el kirchnerismo no es nada demasiado especial. Es quizá, principalmente, la exacerbación de conductas, actitudes y formas de la política y de la vida pública que están presentes desde hace largo tiempo entre nosotros. Sin duda, en la política, «más» también puede ser «distinto»: más concentración de la autoridad puede derivar en autoritarismo, y más autoritarismo puede ser tiranía. Los límites son imprecisos, y esa misma imprecisión hace que estos procesos sean sumamente riesgosos: es posible que la sociedad sólo se haga consciente de la deriva hacia la tiranía cuando resulte ya imposible evitarla: cuando ya haya ocurrido. El kirchnerismo tiene,

sobre las continuidades del pasado, algunos rasgos que le son propios. Rasgos particulares, que hacen *la* diferencia, y cuya observación nos permite entender mejor tanto el pasado como el presente, tanto lo que fuimos como lo que somos. Lo específico del kirchnerismo no debe buscarse en sus ideas respecto del país —puesto que carece de ellas— ni en su ideología, que comparte con otros muchos actores de la política argentina, no exclusivamente peronistas. Hay que buscarlo en su discurso y en sus estrategias de poder. No en lo que se ha dado en llamar el «relato», que es a la vez simple y banal, sino en su relación con la verdad o, más justamente, en su indolencia ante la verdad: lo que en este libro se describe como el simulacro.

El kirchnerismo ha dejado de ser el ocasional gobierno del Estado para intentar convertirse en un régimen, una forma de control del Estado que establece su propio conjunto de reglas y de leyes de modo autoritario, y cuyo principal objeto es la preservación en el poder del grupo dirigente. Para ello, ha utilizado y utiliza todos los recursos que tiene a su alcance, sin ningún escrúpulo y violentando todos los principios que la ética pública, las virtudes cívicas y el autocontrol deben imponer como límites a los gobiernos democráticos, aunque deba destruir para ello, como lo hace, las agencias de control y las instituciones.

Con todo, a pesar de su importancia, no es ése el peor daño que el kirchnerismo le habrá causado a la sociedad argentina cuando deje el poder. Lo más grave,

el mayor perjuicio, está en el orden del lenguaje, en el menoscabo, la quiebra, la devaluación de palabras con las que era posible expresar ideas que a muchos todavía nos provocaban emoción, y con las que designábamos cuestiones muy concretas: justicia, igualdad, inclusión, democracia. Palabras que el kirchnerismo ha degradado cuando, al afirmar que venía a ocuparse de ellas, las convirtió en consignas vacías porque sus políticas reales ignoraron lo que ellas designaban. Palabras a las que resultará muy laborioso volver a conferir un sentido pleno después de la manipulación y el menosprecio al que han sido sometidas.

La enloquecida máquina de poder

A lo largo de diez años, el kirchnerismo pronunció un discurso progresista apoyado en algunos temas recurrentes: inclusión social, democratización de la palabra y de la justicia, derechos humanos, matriz productiva diversificada... Pero ¿fue en verdad progresista su ejercicio del gobierno? ¿Hay una relación entre aquel discurso y las políticas concretas que llevó adelante durante una década?

En *El simulacro* Alejandro Katz interroga la actualidad y, al hacerlo, desenmascara el doble discurso de un régimen que se embanderó como campeón de la democracia pero que de hecho terminó siendo una enloquecida máquina de poder. Las tristes y en ocasiones trágicas consecuencias –mayor concentración de la riqueza, creciente desigualdad social, primarización de la economía, corrupción y autoritarismo– son algunos de los rasgos que definen una ideología conservadora y reaccionaria.

Al describir la vida pública argentina como un presente perpetuo, en el que las personas sólo aspiran a sostener sus niveles de consumo y el gobierno su control del poder, *El simulacro* muestra cómo el presente se extiende sin límites y nos abandona al peligro de la anomia o la resignación. Así, no se limita a describir la distancia entre lo que el gobierno dice y lo que hace sino que se preocupa, fundamentalmente, por el modo en que destruye las posibilidades de un futuro común.

Por ello, no es un libro sobre el kirchnerismo sino sobre la Argentina: un país roto, quebrado, fracturado, atravesado por límites y murallas que separan a unos de los otros, capturado por ideologías que sólo permiten imaginar el futuro bajo la forma de un pasado ideal, expuesto a pequeños apocalipsis cotidianos, carente de una conversación pública sobre los temas que verdaderamente deberían importarnos. *El simulacro* es entonces, sobre todo, un libro sobre el futuro, o sobre su imposibilidad.

